

RUSIA, POLONIA Y ANTONIO POSSEVINO

Un libro de Jean Meyer

Emilio Sola

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 15/06/2012
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

Descripción

Resumen

La embajada papal de Possevino y la guerra entre Polonia y Rusia, en 1581-1582.

Palabras Clave

Embajadas pontificias, jesuitas, Rusia, Polonia, Estambul

Personajes

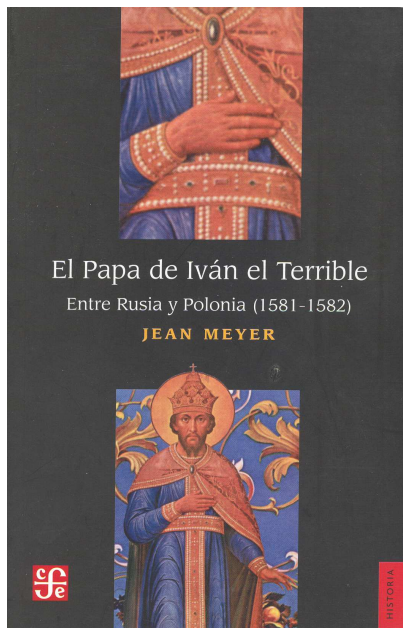
Antonio Possevino, Esteban Bathory, Iván el Terrible, Jean Paul Campan o Campani, Cristóbal Warszawicki, Yakov Molvianinov, Esteban Drenoski, Andrés Modestini, Miguel Morieno,

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** fuentes impresas
- **Procedencia:**
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:** imagen
- **Época y zona geográfica:** XVI, Eurasia
- **Localización y fecha:** Roma
- **Autor de la Fuente:**

RUSIA, POLONIA Y ANTONIO POSSEVINO

Jean Meyer, *El Papa de Iván el Terrible. Entre Rusia y Polonia (1581-1582)*, México, 2003, Fondo de Cultura Económica, 137 pp.



En una síntesis global reciente del siglo XVI, la coordinada para la *Historia de Europa Oxford* por Euan Cameron, *El siglo XVI* (Barcelona, 2006, Crítica), D.A. Brading señala el paralelismo de los “temperamentos teocráticos” de dos grandes monarcas del momento, verdadero clasicismo de sus respectivos países -la España de Felipe II y la Rusia de Iván el Terrible-, y que “encontraron una expresión monumental en la construcción de unos edificios incomparables, el Kremlin y El Escorial”.

Si Felipe II es el Rey Católico por excelencia, Iván el Terrible quiso convertir Moscú en la Tercera Roma y la iglesia ortodoxa rusa se convertiría en uno más de sus instrumentos políticos a la manera que la ortodoxia católica lo era para el rey católico de España. En ese marco, la mediación de un diplomático vaticano, el jesuita Antonio Possevino (1533-1611), en la guerra ruso-polaca entre el nuevo rey de Polonia, el príncipe húngaro Esteban Bathory, e Iván el Terrible, entre 1577 y 1582, dejó algunos textos espléndidos de lo que dimos en llamar literatura de avisos. Ese es el asunto central del trabajo de Jean Meyer, con ese título tan sugestivo.

Iván IV el Terrible, desde 1547 “zar de todas las Rusias”, después de su ofensiva contra los tártaros del Este y Sudeste con la toma de Kazán en 1552 y de Astraján en 1554, abrió un amplio frente de guerra por el Oeste que había de durar hasta el fin de su reinado. Tras una serie de campañas victoriosas sobre las órdenes militares germánicas de Livonia, Iván el Terrible pretendió abrirse paso hasta el mar Báltico e invitó a los ingleses a comerciar en Rusia; pero, al mismo tiempo, movilizó contra su proyecto a sus vecinos –suecos, daneses y lituanos— y sobre todo, a la salida de su crisis sucesoria, también a los polacos.

La cuestión sucesoria polaca, a la muerte en 1572 del último rey de la dinastía lituana de los Jagellón, Segismundo Augusto II, pareció consolidar el control ruso de Livonia, que Iván IV ocupó en su totalidad, salvo las ciudades de Revel y Riga. Los tres meses largos de reinado del primer rey elegido, Enrique de Valois, que abdicó por la muerte de su hermano Carlos IX que lo convertía en el nuevo rey de Francia, y la nueva elección que fue

necesario hacer, mostró una de las debilidades mayores de la fórmula de monarquía electiva polaca. Pero el nuevo rey elegido Esteban Bathory actuó con energía y en 1577 iniciaba una campaña victoriosa que, en paralelo a una ofensiva sueca, hizo retroceder a los rusos.

Es en ese marco difícil cuando Iván IV consigue una intervención pontificia y el envío del jesuita Antonio Possevino como mediador entre los monarcas polaco y ruso, mediación de gran eficacia pues en enero de 1582, tras menos de un año de viaje y gestiones, lograba la firma de la tregua de Zham Zapolski –Kivérova-, por diez años, entre ambos. Antonio Possevino estuvo en el frente de guerra y en Moscú y de alguna manera constituía su viaje la culminación de una serie de intentos pontificios, desde 1547, por contactar con el zar de Rusia por dos asuntos centrales y estratégicos de altos vuelos: la posible unión de las iglesias católica y ortodoxa rusa –proclamada en el Concilio de Ferrara-Florenia de 1439 y rechazada por Moscú—y la posibilidad de cruzada contra el Turco. El contacto directo entre Roma y Moscú fue impedido por Polonia, Austria y por el mismo Esteban Bathory desde Hungría: cinco emisarios enviados por el Papa a partir de los años sesenta no consiguieron llegar a Moscú. Y por fin, con ocasión de la guerra polaco-rusa, Antonio Possevino conseguía ese contacto directo, aunque no había de tener las consecuencias deseadas, pues la escisión se hizo definitiva.

Antonio Possevino era de Mantua –nacido en 1534-, y en 1573, casi cuarentón, se convierte en secretario particular del nuevo General jesuita, el belga Everardo Mercuriano. Su valía intelectual y su fortaleza física fueron importantes en el encargo papal previo a su misión moscovita, la nunciatura en Estocolmo, con gestiones diplomáticas ante Juan III de Suecia para su acercamiento a la iglesia romana; en el verano de 1580 dejaba Estocolmo y al año siguiente emprendía su misión de mediación entre Polonia y Rusia que aquí interesa. En una carta de 28 de abril de 1582 al nuevo General de los jesuitas Claudio Acquaviva, narra en latín ese viaje, refiriéndose a sí mismo en tercera persona –una ficción literaria espléndida y contenida que pretende distanciamiento y orden narrativo, sutil y refinada—y es de gran sobriedad y eficacia expresiva, bien reflejada por los traductores de esta edición. En 1584 se había publicado en un volumen de *Annuae Litterae* –o Cartas Annuas, como se dice también, una rica literatura reservada a los jesuitas mismos y que no tuvo circulación general por lo tanto, de alguna manera información reservada o literatura silenciada— pero una edición pública no llegó hasta el siglo XIX. Con esta carta –una carta de relación de las habituales en la literatura de avisos—publica Meyer, también traducido del latín, un texto del jesuita checo de origen italiano Jean Paul Campan –o Campani—, compañero en una parte de este viaje de Possevino, con interesantes observaciones sobre los rusos. Son documentos conservados también por el rigor archivístico, diríamos hoy, del propio Possevino, que se quedaba con una copia de toda su documentación, y que en 1604, en Venecia, el anciano jesuita catalogó y envió a su general Acquaviva.

Finalmente, en el texto aparece la denominación de *ruteno*, tanto referido a la lengua rusa, cuando se habla de traducir un texto al ruteno, como a los rusos súbditos del rey Polaco o a la iglesia rutena, que reconocía a Roma –por lo que fueron llamados despectivamente *uniatas*, y así se habla de iglesia uniata—

aunque conservaba usos de la iglesia ortodoxa, como los clérigos casados, de importancia tanto en Polonia como en Ucrania.

I APÉNDICE PARA NADADORES:

Del texto latino de *La misión moscovita* de Antonio Possevino, editada en París en 1882, en la versión del también jesuita Paulo Pierling, publica Jean Meyer la traducción de Tarsicio Herrera Zapién y Julio Pimentel Álvarez, junto con otros dos textos complementarios. Y es al final del texto principal primero en donde surge la sorpresa del *nadador*. En este caso, caballos nadadores. Es también la fase final del viaje, cuando Antonio Possevino se encuentra con el rey de Polonia Esteban Bathory en Riga, en donde éste estaba instalado al final de la guerra. Un hermoso broche final de viaje y relato, de gran expresividad todo él, una historia barroca ejemplar.

Versiculamos el fragmento, con mínimos cambios de puntuación, de la manera habitual y para su mayor disfrute, como una invitación a entrar en el texto completo, que merece la pena.

CABALLOS NADADORES

De Ilukcha se dirigieron a Riga –que es la capital de Livonia y donde, hecha la paz, se había trasladado el rey de Polonia--, no sin dificultad, pues se encontraban por doquier con ríos que ellos atravesaban ahuecando cada vez barcas informes de árboles, y con las riendas arrastraban desde las popas a los caballos, que nadaban.

El rey envió sus carros, en un viaje de dos días, al encuentro del padre Possevino, y al acercarse a Riga toda la nobleza avanzó a su encuentro por orden del mismo rey, para que no sólo el embajador del moscovita (Yakov Molvianinov) sino también los luteranos mismos de Riga supieran cuánto eran apreciados por el mismo los embajadores del Sumo Pontífice.

El padre Possevino trató muchas cosas con el rey acerca de conservar la paz con los moscovitas, y de intercambiar prisioneros, de ayudar a Livonia y de establecer un obispo, de defender la alianza con el rey de Suecia (Juan III); se acordó también que fuera enviado a éste un embajador, y fue designado Cristóbal Warszewicki, de cuya singular piedad y prudencia esperamos que todo tenga buen resultado.

Concluidos estos asuntos, el padre Possevino se retiró a Vilna para instruir el seminario de rutenos y moscovitas con autoridad del Sumo Pontífice, quien asignó para alimentarlos una renta anual de 1200 escudos.

De allí llegó a Roma el 13 de septiembre de 1582 junto con el embajador moscovita.

Haga Dios que, así como esta misión terminó una guerra gravísima, así también haya puesto fin a todas las supersticiones, para que los moscovitas se reconcilien no sólo con los polacos sino, incluso más, con la Iglesia romana y en lo sucesivo busquen en ella los verdaderos ritos y la religión.

II APÉNDICE LAS NOTICIAS DE JEAN PAUL CAMPANI

El segundo texto complementario que publica Meyer, sobre las cartas del jesuita checo-italiano Jean Paul Campan o Campani, también traducido del latín, se trata de una descripción global de los rusos y su país, preciso a pesar de su dimensión casi mítica:

Los de este pueblo se llaman rusos o moscovitas, los cuales, situados en los confines extremos de Europa y Asia, se dice que son los últimos mortales del norte.

El checo Campan era compañero de Possevino en este viaje, junto con el croata Esteban Drenoski, el también checo Andres Modestini y el milanés Miguel Morieno. Una verdadera compañía espiritual, al servicio de su General en Roma y del Papa. Más allá de otras consideraciones, las notas de Campan, estupenda literatura de avisos pensada para informar y con las garantías de veracidad necesarias, tienen esa prioridad espiritual explicitada con reiteración:

Estas son, padres y hermanos carísimos, las cosas que consideré que debían añadirse en este lugar sobre las costumbres de los moscovitas, para que veáis qué pocas cosas, además de la obediencia al Sumo Pontífice, faltan para que estos pueblos sean católicos; y para que recéis a Dios por ellos tanto más empeñosamente cuanto más dignos son de compasión esos a quienes nunca ha llegado la luz de la verdad católica que los que, queriéndolo y sabiéndolo, se separaron de ella.

Una muy buena relación plena de información reservada al poder, perfectamente acorde con esa “información” concebida como destinada a

“disminuir la incertidumbre de una decisión”, en palabras del sociólogo Jesús Ibáñez. Por ello los aspectos religiosos, tanto de creencias como de ritos y organización eclesiástica, ocupan un lugar importante en los avisos ofrecidos.

Pero la información general es de gran amplitud y de una gran justeza expresiva, de valor casi intemporal:

Salir de las fronteras de Moscovia sin autorización del zar
es fatal para sus habitantes:
si algunos extranjeros penetran allí sin salvaguardia pública,
son destinados a perpetua esclavitud.

Pero ni siquiera a los embajadores o mercaderes
de naciones extranjeras que van a Moscovia con salvaguardia pública
se permite la libre salida de la provincia,
pues durante todo el tiempo que se encuentran en Moscovia
son detenidos en una horrible custodia
y se les pone determinados hombres para que observen
qué hacen y con quiénes hablan;

cosa que también sucedió a nuestros sacerdotes,
de modo que ni siquiera para dar de beber a los caballos
les era permitido sacar un pie de la casa;
los moscovitas mismos llevan agua para que beban los caballos;
ellos mismos llevan al albergue a los demás artesanos
cuyo trabajo sucede que se desee.

Por la noche, encendido el fuego en el patio interior de la casa,
vigilan las puertas de los cuartos con varillas.

Es una región totalmente infeliz y, por la dureza de su clima helado,
en muchos lugares está desierta de habitantes y no cultivada;
por ello se extienden por todas partes vastos desiertos
y bosques erizados de árboles intactos en su larga duración.

La gran literatura misional como literatura de avisos, una vez más.
Sobriedad y veracidad en un texto realmente poemático.

III

APÉNDICE

EL OBISPO DE LESINA EN ESTAMBUL

Un tercer texto publica Meyer, en traducción del italiano de Antonio Annino, sobre las misiones y embajadas de prelados y religiosos hechas por el papa Gregorio XIII (1572-1585), en la que se evoca sucintamente la misión de Possevino, entre otras de gran interés, como el envío a

Estambul del obispo de Lesina “para negociar con el patriarca la reunión con la Iglesia latina”, que también aparece mucho en la documentación de la época en relación con negociaciones sobre la instauración de un nuevo calendario. El documento, procedente de los archivos en Roma de Propaganda Fide, es un Memorandum del cardenal di Como, Ptolomeo Galli, al secretario de Propaganda Fide.

En ese memorandum también se incluye un aviso interesante sobre esa actividad jesuita en Pera, el barrio más europeo de Estambul entonces, a raíz del envío de la embajada del obispo de Lesina por el papa Gregorio XIII:

Envió también muchos padres jesuitas
con muchos recursos
para que se quedaran en Pera
y para animar a aquellos cristianos,
y así lo hicieron por todo el tiempo que vivió aquel pontífice.

También envió otra misión de jesuitas a Ragusa,
donde se juzgaba necesario operar a causa de la proximidad de los turcos.

Envió varias veces jesuitas a los maronitas
y a los cristianos del Monte Líbano
para confortar, enseñar y promover la religión católica en aquellos lugares.